

—No sé si me estarán bien.
—Si quiere usted que le tome la medida...



MISCELÁNEA

Kiosco LA • SAETA

RAMBLA DEL CENTRO
FRENTE CALLE DE FERNANDO

Gran surtido de tarjetas postales, láminas de la República, retratos del Rey, venta de toda clase de semanarios ilustrados y demás periódicos.

La señora Propietaria de este kiosco, á más de LA SAETA, recibe

Heraldo de Madrid, Heraldo Taurino, Heraldo de la Rioja, Heraldo de Aragón, Correo de Valencia, La Caza Ilustrada, El Enano, Don Jacinto, Los Cómicos, Arte y Esport, Rosa y Azul, Diario de la Marina y el popular *Vox Populi.*

En este kiosco, además del cupón que se entrega por cada cinco céntimos de gasto, se hacen diferentes regalos.

Dos especuladores tienen una acalorada disputa; se injurian de un modo atroz, hasta que uno de ellos exclama:

—¡Es usted un aventurero que ha quebrado ya tres veces!

—¿Y eso qué prueba? Que inspiro confianza á mis clientes.

⁂

Un desdichado jugador le refería á una señora que, cada vez que iba á jugar, perdía cuanto apostaba.

—Vaya,—dijo ella,—es usted el hombre más digno de lástima.

—En cuanto á eso, más dignos de lástima son los que me ganan; porque como siempre pierdo, nunca les pago.

⁂

Ricardo está para casarse, pero tiene un miedo horrible al matrimonio.

—¡Majadero!—le dice su padre.—¡Yo también me casé!

—¡Ah! pero no es lo mismo. Tú te casaste con mamá, mientras que yo tengo que casarme con una persona extraña.

⁂

En una causa que se estaba instruyendo á consecuencia de haberse encontrado un cadáver, el alcalde del pueblo donde se había verificado el hallazgo declaraba en los siguientes términos:

«... Conque al *regolver* de un *esquinazo* nos encontramos mirándonos cara á cara con el cuerpo muerto del cadáver que habían matado, el cual, por el hablar y la *manifatura* del porte, debía de ser portugués.»

⁂

Charada

Vi á una *todo* en la *dos-tres*,
linda, muy bella y muy blanca.
Mi *primera* repetida
con acento, vigilaba,
y con un *prima-segunda*
salió corriendo de casa.
Yo dije *¡tercia-segunda!*
pensando en la *todo* blanca.
Al llegar á la *dos-tercia*,
pasó lo que yo esperaba:
la todo se fué en seguida,
y yo acabé la charada.

MORENO

⁂

Logogrifo numérico

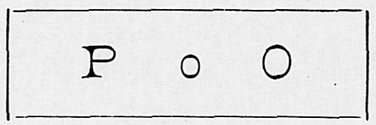
						3		Número romano
					1	8		Tiempo de verbo
				6	2	8		En Bilbao
			6	7	4	8		Nombre de mujer
		3	5	6	4	8		Tiempo de verbo
	3	5	6	4	8	6		Verbo
1	2	6	2	8	4	5		Emperador
1	2	3	4	5	6	7	8	Nombre de mujer

PEPE CENEFA

⁂

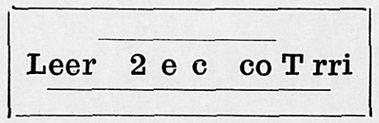
Jeroglíficos comprimidos

I



UN PETROLI

II



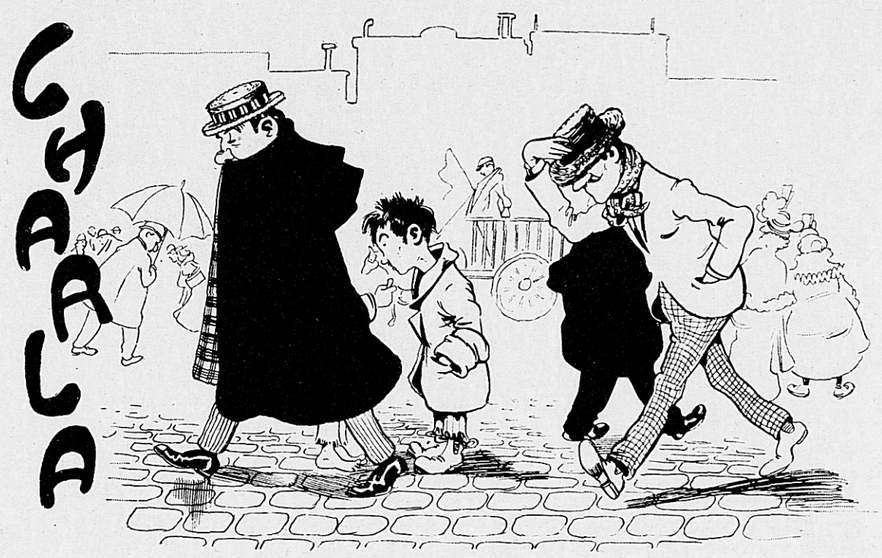
LA COLLERETA

Soluciones á lo insertado en el núm. 725

CHARADA.—Temerosamente.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Antes la muerte que casarme.—II, Egea de los Caballeros.

AÑO XV BARCELONA 20 DE OCTUBRE DE 1904 NÚM. 726



HAN dado el primer toque para abrigarse el que pueda.

Ya circulan con profusión anuncios de sastrerías con precios inverosímiles por lo baratos.

Pero de todos estos anuncios, ninguno como el que llegó á mis manos hace unos días.

Decía así:

«¡Barato, barato, barato; y más que barato, de balde!

»Trajes hechos á medida para los que los usaron, se venden, ó mejor dicho, se regalan en el saldo que ofrece al público esta casa de préstamos.

»Traje compuesto de un pantalón, dos chalecos, una americana y sombrero flexible . . . . . 7 ptas.
»Traje entero con chaquet largo, botas de charol y sombrero duro. 7'50 »
»Gabanes de abrigo con gradación de tintas desde el avellana claro al castaño obscuro, desde . . . . . 4 »

¡CAPAS, CAPAS, CAPAS, CAPAS, CAPAS!

»Las tenemos de todas clases y medidas.

»Torera, paño azul, con la esclavina bordada y vueltas verdes . 11 »
»Muy cumplidas, para bodas y bautizos, con vueltas diversas. . 6 »
»A medio uso, sin vueltas ni trencilla . . . . . 3 »
»A todo uso, sin vueltas ni esclavina . . . . . 1'25 »
»Propias para tirar piedras embozados . . . . . 0'35 »

»Además, esta casa cuenta con un variado surtido de calcetines casi sin usar, camisas, corbatas y calzoncillos.

»En prendas para señora, también tenemos lo necesario, gracias á Dios.

»No equivocarse y vengan á comprar al más barato de todos los baratos.»

Ya lo ven ustedes. ¿Quién se queda al descubierto este invierno con tal anuncio? Los tontos y nada más que los tontos.

Pero lleven ustedes mucho cuidado con la ropa que compran.

La semana pasada, un pobre señor que toca la viola en un frecuentado café concierto, se decidió á gastarse treinta reales y se compró una capa superior, sin un picado, sin una mancha, con

botones de cadenilla casi de plata y con unos embozos escoceses que daban el opio.

¿Qué más? Hasta bolsillo tenía la dichosa prenda de abrigo.



Nuestro buen viola envolvió la capa en un pañuelo grande, y más contento que unas pascuas se dirigió á su domicilio.

Había que ver la sorpresa que causó el abrigo entre todos los compañeros de casa.

No hubo uno que no se aplazara para comprarse otra, aunque fuera de clase más inferior.

—Pues miren ustedes,—decía el afortunado poseedor de la capa.—Ya llevo tres años á cuerpo gentil, por no haber encontrado una á mi gusto; pero, lo que es ahora, puedo decir que estoy satisfecho.

—¡Pero, hombre, si parece mentira!—añadió otro huésped.

—¿Será robada?

—Ya he pensado yo en eso; pero cualquiera me la quita á mí ahora.

—¿Y si el amo la reconociera?

—Pues entonces yo no reconocería al amo y pare usted de contar.

Total, que el viola se encerró en su cuarto y allí se despachó á su gusto, dando paseos arriba y abajo con la capa puesta y embozado hasta los ojos.

Al día siguiente, cuando el buen señor se despertó, su primera mirada fué á parar á la capa que aparecía flamante sobre el respaldo de una silla.

Y claro, el músico volvió de nuevo á probársela, con objeto de ver el efecto con la luz del día.

¡Pero no sabía el desdichado lo que le esperaba!

A eso de la media tarde, comenzó á notar una terrible desazón en los carrillos de la cara y debajo de los ojos.

La desazón se convirtió en picor desesperante, y el pobre señor tuvo que retirarse á casa sin poder asistir á la función de la noche.

Cuando á la mañana siguiente le entró la patrona un tazón de sopas con leche de oveja, dió un salto atrás y exclamó:

—¿Pero qué demonios tiene usted en la cara?

—No lo sé; algún arañazo, de tanto rascarme... ¡Oh, usted no sabe lo que me pica!



—¿Pero si le han salido unas cosas que parecen piezas de á diez céntimos?

—¿Qué dice usted, señora?

—Y me parece que el mal está en la capa, porque Antoñito se la probó anoche y ya está rascándose toda la mañana.

—Eso no puede ser... eso es una calumnia que se me levanta.

En este momento entró en la alcoba un huésped que estudia para boticario y exclamó presentando una receta vieja:

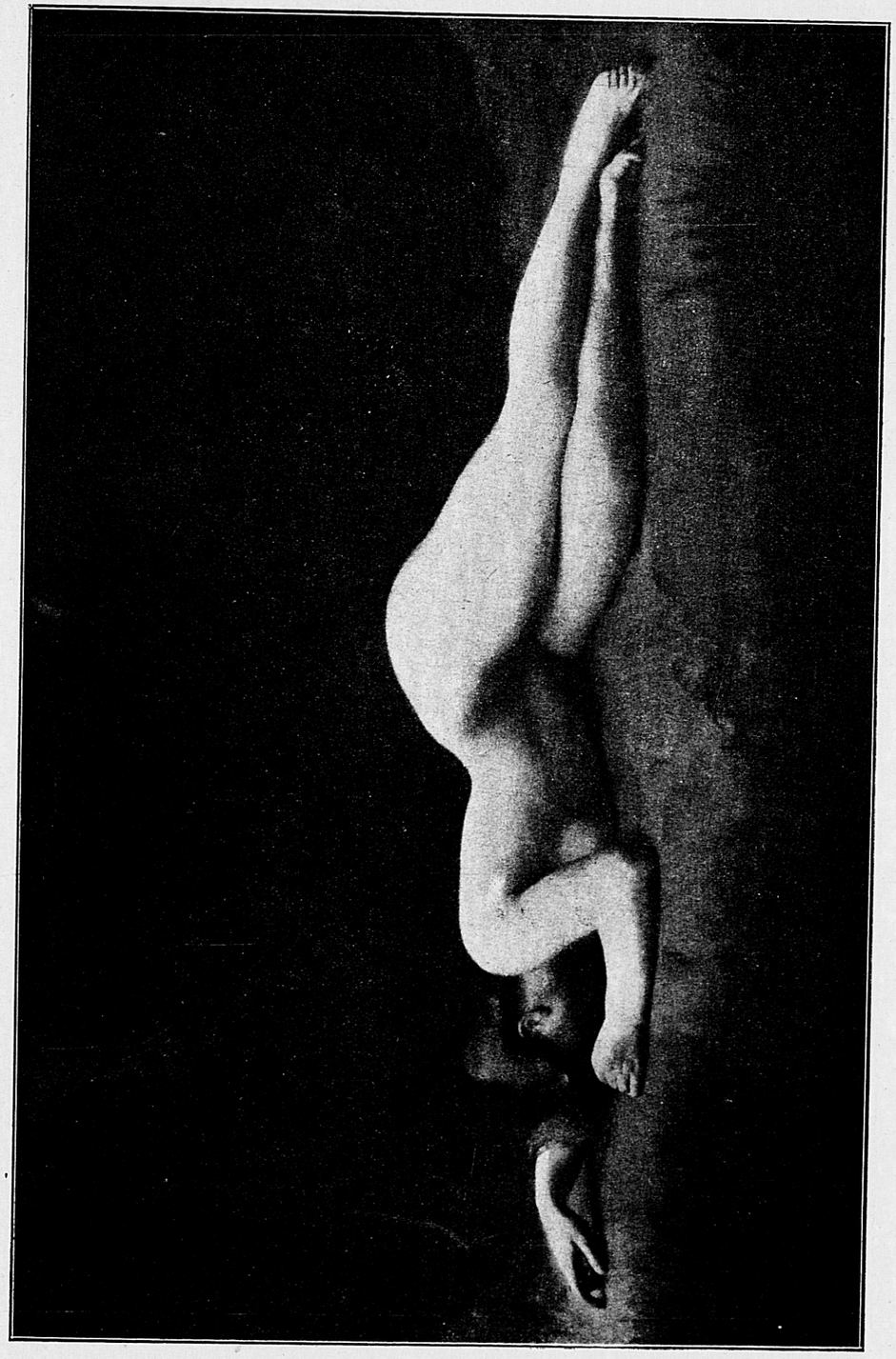
—Aquí tiene usted lo que encontramos anoche en el bolsillo de su famosa capa.

—¿Y qué es eso?—preguntó con desaliento el enfermo.

—Una porción de cosas que usted no entiende; pero después hay una nota que dice: «Si con esto no se cura, que no se curará, se recomiendan los baños de Archena».

Ya lo ven ustedes. Ojo con las capas usadas.

JOAQUÍN ARQUES



Abandonada (Cuadro de Loriet)

Ardid de guerra

DURANTE la última guerra civil, ocurrió el episodio que voy á relatar, tal como llegó á mi noticia, sin que por eso dé yo carta de veracidad á lo que muy bien pudiera ser cuento de viejas para niñas en estado de merecer.

Hecha la salvedad en descargo de mi conciencia, voy á referir á mis lectoras, coloquen ustedes aquí todos los adjetivos encomiásticos que gusten... y se quedarán cortos, lo que hace muchos años me contó una pobre señora, coetánea del *veteranísimo* Noé, según aseguran gentes de acreditada formalidad y que alcanzó los tiempos felices y casi fabulosos del Rey que rabió.

Allá va la anécdota, sin quintar punto ni coma:

En un pueblecito llamado Villafresca, ó Aldeafrescales, que en eso andan algo divididas las opiniones de los más esclarecidos hombres de ciencia, se criaban, según es fama, los pepinos más gordos y las mujeres más hermosas del mundo, para regocijo de los robusto varones que habitaban aquella especie de sucursal paradisiaca.

El pueblo era tan pequeño, que sólo tenía para su *guarnición* un alguacil y una pareja de guardias civiles.

Los facciosos que merodeaban por las cercanías, conociendo por referencias la abundancia de pepinos y mujeres barbianas con que se ufanaba el pueblecillo, resolvieron entrar á saco en él una noche, dispuestos á satisfacer brutales apetitos, aunque para ello se vieran obligados á destruir cuanto se les pusiera por delante, sin dejar pepino en pie, ni títere con cabeza.

En dos por tres concertaron el plan de ataque, habiendo en cuenta la escasez de gente armada que pudiera oponerse á la empresa, la cual, para ellos, no presentaba ninguna dificultad.

No contaron con la huéspeda ó *huéspedas* y, como verá quien leyere, la falta de previsión les hizo fracasar en su intento con pérdidas muy sensibles... ¡Y tanto!

Algunos vecinos de Aldeafrescanes descubrieron las siniestras intenciones del enemigo y



Seis antropófagas, que lo mismo comen carne de hombre, que billetes del Banco



¿Quién de los dos se caerá primero?

dieron en el pueblo la voz de alarma.

Pronto se supo que á la noche siguiente, una partida de treinta hombres penetraría en el pueblo apercibida para cometer todo género de atrocidades con los sencillos moradores, y más aún con las preciosísimas moradoras de Villafresca.

El alcalde, preparándose á la defensa, reunió las fuerzas dc que disponía,—el alguacil y los dos guardias beneméritos,—y con ellos celebró una especie de Concejo, en presencia de cuantos hombres útiles para la lucha existían en el pueblo y que en total no pasaban de veinte mal contados.

Convencidos de la poca resistencia que pudieran hacer al ataque, cundió el desaliento y nadie, al parecer, fuera capaz de salvar al pueblo de la catástrofe que se avecinaba.

Pero, héteos aquí que al amanecer del día siguiente, apareció en los sitios más públicos de Villafresca, una especie de proclama redactada en estos términos:

«Amigas y convecinas: esta noche los enemigos tratan de saquear el pueblo y hacer en nosotras zafarrancho. Los hombres de Villafresca se declaran impotentes, lo cual sabemos todas hace tiempo, para resistir el asalto; necesario es que nosotras demostremos á la faz del mundo que somos invulnerables cuando queremos, y siempre invencibles.

»A fin de convenir en la táctica y organización que debemos aplicar á la defensa de nuestros hogares, me apresuro á convocar con urgencia en mi casa á todas las mujeres, mozas, casadas ó viudas de Villafresca, mayores de diez y nueve años y menores de cuarenta y cinco, que estén sanas, robustas y en aptitud de afrontar los peligros que vinieren.—*Lorenza Ruibarbo.*»

A la cita concurrieron hasta treinta buenas mozas, llenas de bélico entusiasmo y prontas á batirse el cobre contra todo un cuerpo de ejército, cuanto más con partidilla tan insignificante.

Terminada la discusión, Lorenza hizo el resumen en esta forma:

—¿Estamos de acuerdo?

—¡Sí, sí!—gritó la asamblea con frenético arrebato.

—¿Juráis no retroceder ni un paso ante el enemigo?

—¡Lo juramos!

—Pues en cuanto oigamos el toque de oraciones, todas al campo en la forma convenida y con las hoces preparadas para la siega!

Una carcajada general acogió la última frase de Lorenza.

—¡A la siega, á la siega!—clamó el concurso.



El teatro de París.—Dos escenas del nuevo *vaudeville* titulado «Amor y celos»

—¡Como si fueran pepinos!—agregó Lorenza lanzando burlona risotada.

Conocida la resolución de aquellas heroínas, el pueblo se reanimó y al desaliento sustituyó brevemente la esperanza en el triunfo.

Los varones, con arreglo al plan combinado por Lorenza y sus lindas subordinadas, quedarían á la retaguardia, defendiendo los pasos accesibles, por si el enemigo lograba romper las avanzadas femeninas y llegar al pueblecillo.

Llegó la noche, vibró en el espacio el toque de oraciones y poco después, las gallardas amazonas de Aldeafrescales, ocultando las hoces convenientemente, unidas y silenciosas, deslizábanse por el camino en busca de los facciosos.

Media legua andada, sintieron rumor de pasos:

—¡Alto!— dijo Lorenza con voz apagada.—Ya están ahí. Emboscaos, y ya sabéis lo demás.

Lorenza permaneció en su puesto y cuando vió que los enemigos estaban cerca, echóse en el suelo y esperó. El cabecilla de la partida, calculando que ya el pueblo no estaría lejos, trató de reconcentrar la fuerza, que venía un poco diseminada en la marcha; pero, ¡cuál no sería su sorpresa, cuando al volverse con objeto de dar las órdenes oportunas, se encontró con que nadie le seguía!

—¡Me han dejado solo! ¡Traidores!

A los pocos pasos, tropezó con un bulto que, tendido sobre la carretera, le hizo caer. Era Lorenza.

. . . . . .

De repente y por distintos lados del camino oyéronse ayes lastimeros, voces angustiosas pidiendo socorro, blasfemias horribles, rudas interjeciones, femeniles carcajadas, frases picarescas.

El cabecilla, víctima también de la feroz astucia de Lorenza, clamó con acento quejumbroso:

—¡Ay! ¿Qué haces? ¡Suelta! ¡Maldición, me has inutilizado para siempre!

Y presa de dolores crueles, revolcábase en el polvo de la carretera.

Lorenza, aniquilado por completo su enemigo, alzóse con aire de triunfo, blandiendo la hoz en una mano y en la otra... ¡el trofeo de la lucha!

—¡Victoria por Villafresca!—gritó.

A esa voz, todas las intrépidas mujeres, armadas como su capitana, y mostrando sus trofeos, iguales al conquistado por aquélla, contestaron:

—¡Victoria!

Inmediatamente acudieron al griterío los hombres que formaban la retaguardia y al ver el destrozo causado por aquellas heroinas, se horrorizaron. Condujeron al pueblo los heridos, pues en la acción no hubo ningún muerto y allí, con la asidua asistencia del cirujano, que era hombre ducho en su profesión, quedaron todos curados, aunque inútiles para ciertos casos, y retenidos en calidad de prisioneros.

Y al ver aquellos destrozos
exclamaba el cirujano:
—¡No faltan nunca Dalilas,
donde hay Sansones incautos!

LUIS FALCATO



Laura Cardenia, tiple dramática

Sermón perdido

—No creas en la ciencia;
el fruto que te ofrece la experiencia,
un camino de gloria te señala,
abierto al que en la vida lucha en vano,
y hallará quien por desplegue el ala,
lo imposible al alcance de la mano.

Yo creí en el amor santo y bendito
que inspira una doncella,
y rayó mi pasión en lo infinito,
y me quise morir de amor por ella.

Dudé hasta del amor de la manceba
que abandona al marido...
y desde aquel momento sentí nueva
brotar la sangre de mi pecho herido.

Dolorosa impresión... causóme espanto
en el alma, escuchar con honda pena
de las olas fatídicas el canto,
el venir á morir sobre la arena.

Y aún más, cuando en la noche solitaria
escuché esta plegaria:
«El amor de una madre es el más santo...»
decía un inclusero ahogado en llanto.

Observa tú ese mundo noble y bueno,
y verás cómo es dulce el mal ajeno.

Hacer mal por hacer ¡necia creencia!
se hace el mal por instinto y se disfruta.
No creo en la divina Providencia,
mientras reina feliz la fuerza bruta.

Alabas tu honradez, pues muy mal hecho,
porque no queda nadie satisfecho.

No comuniques nunca una alegría.
Imita al ave fría,
que canta su pesar sobre la nieve;
de la amistad estrecha desconfía,
pues se ampara á su abrigo mano aleve.
¡Salud, santa amistad, yo te bendigo!
que en la vida jamás tuve un amigo.

Así al mozo le hablaba el pobre viejo,
cuando vió de una lámpara al reflejo
que lanzó agonizante,
al mancebo dormido á su consejo,
y alejarse la luz que ardió constante.

LUIS ESTESO Y LÓPEZ HARO

LA SAETA



Un juego muy agradable,



muy alegre y divertido



es éste, que acaba siempre



rompiendo á una niña el hilo.

Una noche de amor

Laura es una morena que enciende el pelo. Con dos ojos tan retrecheros, que cuando se fijan en algún hombre, éste, subyugado, tiene que bajar la cabeza, por la sencilla razón de que no tiene ganas de abrasarse en el fuego que despiden.

La tal Laura posee unas caderas que son una bendición de Dios. Unas caderas exuberantes, de puras líneas, redondas, y palpitantes al andar.

Como Laura es modista. y con esto quiero decir que sale mucho á la calle, no hay hombre que al pasar tan real hembra no le eche... un piropo: y no de los más pequeños, sino de aquellos que están condimentados con pimienta, y sobre todo si se fija en sus soberanos pechos. Nunca me cansaré de alabarlos y de desearlos para mí.

Como toda mujer hermosa, tenía un sinfín de adoradores. Ella no hacía caso á ninguno. Pero, sin embargo, había un tal Juanito que no le había sido desagradable; muy al contrario.

Laura hacía como que le era indiferente. Siempre se mostraba á él desdeñosa y burlona á sus galanterías y floreos; pero la procesión andaba por dentro· En una palabra: estaba chiflada por él, y Laura estaba furiosa consigo misma por no poder desechar aquella pasión que le embargaba todo su sér.

Cuando por la noche se hallaba en su lecho, el deseo se apoderaba de ella, y con voz balbuciente y queda llamaba á su adorador con los nombres más dulces, mientras los labios le temblaban por la pasión y los ojos se le ponían en blanco, sin duda al pensar el placer que experimentaría al tener á su lado al que por él se moría de amor. Luego, como si la fatiga la rindiese, cerraba los ojos, mientras sus labios balbucían palabras ininteligibles y sus pechos se levantaban lascivos é incitantes, por efecto de su ardorosa respiración.

Mientras que á Laura le sucedía todo esto, Juanito estaba desesperado, pues creía que la mujer de sus ensueños no le amaba, y estaba rabioso, dándose á los mil demonios.

¡Ah! Si Juanito hubiera sabido lo que pasaba en el interior de Laura, ¡cómo se hubiera apro-

vechado! Pero el pobre estaba ignorante de todo esto y sufría, ¡vaya si sufría! A cualquiera no se le quema la sangre al querer á una mujer así y verse despreciado y mal mirado.

Pero Juanito no tenía otro remedio que conformarse.

Siempre que la veía se le animaban los ojos, mientras que por los de Laura salían llamas.

Si él hubiera visto la expresión que tomaba el rostro de la mujer á quien tanto deseaba, hubiera comprendido lo que pasaba en el interior de Laura, y entonces ya no le quedaría duda del amor de su amada.

Pero Laura tenía buen cuidado de no dejarlo traslucir, y cada vez Juanito se consideraba más desgraciado.

Una noche estaba desesperado, y tomó una determinación.

Laura tenía que ser suya, suya en cuerpo y alma.

Cuando se retiraba á su casa iba diciendo:

—Me muero sin su amor; necesito que sea mía, y para eso no hay más que un medio; y mañana por la noche Laura será mía ó yo no me llamo Juan.

Al día siguiente por la noche, Laura estaba deseando salir del obrador; no hacía más que dirigir los ojos al reloj esperando que llegasen las ocho y media para dejar el trabajo y ver á Juan.

Por fin llegó la hora tan ansiada, y en el portal se despidió de sus compañeras, como tenía por costumbre.

Cuando llegó al sitio donde todas las noches la esperaba Juanito, sufrió un gran desengaño. Juan no había ido. Al salir del obrador iba contenta, y ahora, por el contrario, se puso triste. Toda cabizbaja se dirigió á su casa, y casi no cenó.

Llegó la hora de acostarse y se dirigió á su alcoba. Principió á quitarse la ropa, mientras pensaba en el motivo de la ausencia de Juan.

¡Qué espectáculo tan encantador hubiera sido el haberla contemplado medio desnuda!

Todas las noches, al acostarse, se miraba al espejo.

¡Qué movimientos tan elegantes cuando echaba hacia atrás la cabeza con aire provocativo, ó

cuando la inclinaba sobre el hombro en actitud soñadora!

Su cuerpo adoptaba todos los movimientos de la gracia y la desenvoltura.

Tan sólo una fina camisa la cubría, cual transparente nube que apenas vela el cielo; y deshecho el lazo de la cinta que ajustaba el escote, el pecho dejábase ver turgente y blanco como el robusto seno de Diana, que sorprendiera Acteón oculto en la enramada.



Laura iba de un lado á otro, arrastrando las diminutas babuchas.

Pero el atrevido contorno de la pierna, de puras y á la vez gruesas líneas, y la morbidez del brazo, de elegantísimo modelado, hacían pensar en el inmenso placer que se gozaría haciendo suya á esta encantadora criatura.

Laura aquella noche estaba incitante, provocadora. No hacía más que mirarse al espejo, echándose hacia atrás, presentando sus voluptuosos pechos blancos y mórbidos.

Una de las veces en que con una mano se recogió la camisa, ciñéndosela hacia adelante, le pareció oir un ruido como si algún cuerpo se arrastrase por el suelo.

Tuvo miedo. Salió al gabinete y se tranquilizó al ver que no había nadie. Volvió á la alcoba, mientras que sus labios murmuraban con amor y deseo:

—No sé lo que me pasa esta noche. Todo mi cuerpo arde. Estoy ebria de placeres. Una gran languidez me vence. ¡Qué gusto si estuviera Juan aquí! ¡Cuánto íbamos á gozar! ¡Qué felicidad más grande!

Al decir esto se sintió cogida por unos robustos brazos que la aprisionaban con amor, mientras que unos labios ardientísimos se posaban sobre los suyos.

El grito que iba á escapársele del pecho se ahogó en su garganta.

—No te asustes, Laura mía, soy yo; Juan, que te ama, que se muere por tu amor; que quiere que seas suya, aun á costa de su vida. Aunque supiese que me iba á morir después de poseerte, quiero que seas mía.

Y diciendo esto, le cubrió rostro y garganta de abrasadores besos, mientras que con los brazos la atraía hacia sí, subyugado por el dulce y tibio calor que emanaba del cuerpo de Laura.

—No, déjame. No quiero, me moriría de pena.

—No, de pena, no. De placer, sí.

Laura no pudo decir más. Se vió suspendida; arrastrada hacia el lecho, y desde aquel momento sólo interrumpieron el silencio de la noche ligeros gritos, que terminaban en dulces suspiros de amor, ternura y placer.

ENRIQUE TORRECILLA



Una mala noche

RICARDITO fué á pasar un par de días en la magnífica torre de los señores de Rebollo, amigos íntimos de su familia, que, como todos los años, pasaban los meses de la canícula veraneando en su propiedad.

Ambas familias, en el seno de la amistad, habían concertado una boda entre Inesita, hija única de dichos señores, y el elegante pollo Ricardito. Este estaba enamorado hasta los tuétanos, de la muchacha, chiquilla muy graciosa y mal criada, pero con tanta sal y picardía en todo su cuerpo, que se llevaba de calle á todo el mundo.



A la traviesa Inesita no le gustaba ni pizca el joven Ricardo, pues, según ella decía, parecía un palomino atontado, lo cual ya era una valla para los futuros proyectos de ambas familias. Con todo, éstas no desconfiaban del éxito, atendido el carácter voluble y antojadizo de aquel diablillo con faldas.

Después de la cena, que fué pródiga en todo cuanto pueda apetecer un estómago glotón, pues no faltaron pastas de todas clases, amén de ricos vinos, Ricardo, que había despachado la parte de dos, se puso en extremo alegre y decidor, pasando con su charla una velada muy agradable. Tomaron el té, y después de un ratito de tertulia se fueron á dormir, pues todos estaban cansados de las emociones del día.

Estaba la casa en silencio, y todos sus moradores entregados en brazos de Morfeo, menos Ricardo que aún no había podido conciliar el sueño. Después de dar vueltas y más vueltas por el lecho, y preso de agudos y fuertes dolores en el estómago, que le hacían exhalar ahogados quejidos, sin darle tiempo para levantarse, y no pudiendo resistir aquel tormento, vació todo el contenido de su cuerpo... en las albas sábanas, que quedaron hechas un *mapa-mundi*.

¡Terrible situación! ¿Cómo sacar aquel *promontorio*, que despedía un olorcito por cierto nada agradable?

Aguzó el ingenio, y, dándose una palmada en la frente, saltó del lecho, y arrollando las sábanas, les prendió fuego para que no quedara ni la más leve huella...

Pronto las rojizas llamas iluminaron la estancia; un humo azulado envolvió la habitación, asfixiando al infeliz Ricardito, que, poco previsor, se ahogaba por momentos.

—¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!—Este grito angustioso rompió la calma de la noche, despertando á todos los moradores de la quinta, que en paños menores fueron á la habitación del huésped, y tras de muchos esfuerzos consiguieron apagar el conato de incendio.

Inesita también despertóse sobresaltada, y á medio vestir, presa del pánico, fué á ver lo que ocurría, encontrándose frente á frente de Ricardito, que, en camiseta y calzoncillos, huía de pavorido del fuego.

Calmados los ánimos y al ver que no había sido grave el accidente, se retiraron cada cual á sus habitaciones.

Al día siguiente celebró la familia un pequeño consejo, acordando casar á Ricardo con Inesita, pues habiéndola visto éste en paños menores, era necesario, para salvar el honor y la vergüenza, que contrajeran estado muy pronto.

Resultado: lo que las palabras no hubieran hecho, lo hizo el... Ya es cierto el refrán: «No hay mal que por bien no venga».

R. HOMEDES MUNDO



Cañitas

La vi del brazo de otro contándole aquella historia que ya conocemos todos.

—

¡Qué pena me dan los niños cuando les veo en el bosque que van á caza de nidos!

***

APUNTES CÓMICOS por Oliva



Droguero — Peluquero — Sastre



Cochero — Tabernera — Vividora



Arregladora — Dominguero — Capitalista



De allá

RANDÍSIMO mentiroso, eso es que no me quieres como dises, que m' estás engañando. Tos los días encuentras disculpa pa contentarme; pero ya m' he convensío de que no puede ser que sigamos siendo como hasta aquí. Te vas á tu casa, yo sigo en la mía, y s' acabó to.

—Sigue.

—No tengo que segui.

—Entonses, ¿me das la ves p' hablá?

—Como no he de oirte...

—Me diré á l' alcoba y le hablaré á tu retrato.

—Mi alcoba se ha serrao pa ti.

—Bueno; si se ha serrao pa mí, no dejaré yo que se abra pa otro.

—Se abrirá para quien yo quiera.

—Se abrirá pa ti sola, pa otro no se abre, porque me voy á poner en la puerta desde hoy, y hases cuenta que has comprao una cortina.

—¿Pero e que tú mandas en mí? ¿Que te crees ser mi amo, para disponer en mi casa?

—No.

—Pues entonses ¿qué?

—Yo no digo na.

—Yo digo que te vayas á la caye, qu' eres un sinvergüensa. ¡Ya t' estás yendo!

—Estoy cansao y no puedo dar un paso. Si tú puedes conmigo y con la siya, yévame al portal.

—¡Granuja! Paese mentira que, después de tratarme como me tratas, te burles ensima. Está una trabajando como un burro pa que no falte na en la casa, y no ete p' agradeserlo siquiera. ¡Mal corasón! Mejor vieras que cada día estoy más mala de tanto trabajá.

—Sí, yora, yora; ensusia pañuelos. Luego dirás que se gasta mucho en lavandera.

—¡Maldita sea la hora en que te ví!

—¡Ea! Se acabó er disgusto. Te has enfadao sin motivo, yo no t' hecho na. He venío de mi servisio, t' he saludao con melosidá, te traía un montón de carisias, porque estaba de buen humor, y en iguá de ponerte contenta de verme contento, te pones á desí que si m' han visto con la Lusía, con la Lu, con la Paquiya, con la Nati y con no sé cuántas más. Lo menos te crees que me puedo convertir en cachos, pa estar con toas ésas en una mañana.

—Pero si t' ha visto mi hermano.

—¡Qué me ha de haber visto! Tu hermano, cuando no tiene otra cosa que hablá, echa mano á que me ha visto con la



Así vestían este verano en el campo las hermanas Azoristo.
¡Ay, quién las hubiera visto!



Flamenco puro español, visto desde Londres en día de niebla

Fulana. con la Mengana, con la Sutana... y tú te lo crees. Paeses tonta.

—Es que mi hermano no miente.

—¡Ca, ni siquiera! Le pregunta uno: «¿hoy es jueves?» Y él, aunque lo sea, por no desí la verdá le dise á uno qu' es lunes.

—¿Y cuando yo t' he visto?

—Cuando tú me has visto, ya te lo he dicho: me estaría preguntando arguna cosa.

—¡Qué casualidá! Siempre te preguntan. Ni que fueras tú la rueda de la Fortuna.

—Me preguntan porque soy guardia. Cuando me puse el uniforme ya te dije que iba á sé causa de disgustos. Porque, claro, como uno es autoridá, se creen que lo sabe uno to. «Guardia, ¿dónde está la caye tal?» «Guardia, ¿qué hora es?» «Guardia, ¿á qué hora se levanta el arcalde?» Y tos son á preguntar y á molestarle á uno. Paese mentira que desconfíes. Nunca has tenío á tu lao un individuo que aborrezca más la mentira que mi persona. Como l' oyes: esta personita, muerta de achares por tu causa, no miente nunca. Te he dao una porsión de pruebas de mi cariño, y tú con la manía de que no te quiero, ¡cuando te quiero más que un vendeor á la parroquia!

—¡Falso!

—Mira: la maldisión que t' echo es que nunca te falte una monea así de falsa como yo. Con una monea como ésta pues ir á toa las partes. Pero vamos á cuentas: ¿qué vienes á ser tú sin mí? Na; una barca sin barquero, un trenvía sin trole, una bordadora sin abuja; lo que te digo, chiquiya: na. Tú, ar tropesá conmigo, has tropesao, como quien dise, con un amigo cariñoso y desinteresao, que te va guiando por el camino derecho, pa que no te tuersas y vayas á parar á donde no haiga más que lobos que te devoren. Y no se diga que yo soy un gandul que s' aprovecha de tu esfuerso; que bien me ves trayendo á la casa to er suerdo íntegro que me dan desde que soy polisonte. Si no fuese por el cariñaso que te tengo, ¿te crees tú que iba yo á ser munisipal? ¡Ni siquiera! ¡De dónde iba yo á aguantar que los chicos me dijeran cosas!...

—No, si d' eso no tengo queja ninguna; si lo que yo no quiero es que otras me roben tu cariño.

—¡Qué te han de robá mi cariño, tonta! Esas son visiones que tú ve. Y tu hermano tie la culpa, por calentarte los cascos. Por supuesto, que á tu hermano ya le hablaré mu arto y mu fuerte. En cuanto lo coja á mano.

—No, no le digas na, que como tiene ese pronto, no suseda argo desagradable.

—Prométeme que no le has de hasé caso en tu vía.

—Tenlo como prometío.

—Pues á sená, que ya es hora. Y que no se repitan los selos, ¿eh?

—¡Qué se han de repetí! ¡Si ya me tienes más rendía que nunca, so granuja!...

ABELARDO DELGADO



Galería de bellezas: (35 de la serie)

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Redacción é Imprenta, Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Elcuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.
Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.
Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres
La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.
Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.
El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.
Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.